

CAPÍTULO 1

Dar

*A veces, salvar es encontrar el camino
a la salvación en el mismo acto de amor.*

TANDIL, 1 DE ABRIL, 2024

Era una noche lluviosa de domingo. Apolo reclamaba su salida y Mariano Ricci decidió sacarlo sin correa, quería regresar pronto a la casa. Se sentía agotado y algo triste. Había vivido uno de los días más difíciles de su vida. Aun así, de buena gana acompañó a su perro que le robaba una sonrisa con solo existir. Quería con locura a todos los animales, a los suyos más. Disfrutaba su profesión de veterinario, había nacido para sanar a esos seres mágicos que, sin hablar, lo comunicaban todo. Esos que enseñaban a los humanos que la vida es simple y se resume en estar sin condiciones para los que uno ama.

Apolo corrió hasta la esquina. Mariano vio en la vereda de enfrente otro perro, grande, blanco y negro, que caminaba lento. No parecía una amenaza, pero permaneció atento para prevenir que se pelearan.

Enseguida lo percibió cansado en su andar y evidentemente dolorido, expuesto a la soledad de otra noche cerrada al frío y teñida de abandono. Su imagen comunicaba tristeza. Pensó, por primera vez, en su esposa y sus hijos cuando él no estuviese allí. No estarían abandonados, pero tal vez sentirían el agobio de su ausencia como ese perro sentía no tener a nadie que lo protegiera. Mientras pensaba en todo eso, volvió la mirada al animal, una vez más, comprendiendo su realidad al mismo tiempo que intentaba procesar la suya. La vida podía ir de uno a un millón en un instante. Entonces, pasó algo que podría no haber sucedido, pero ocurrió. Algo que cambiaría las cosas para siempre: hicieron contacto visual y el perro cruzó la calle acercándose a él con mirada suplicante y afligida. Le acarició la cabeza.

–¿Qué pasa amigo? –preguntó y se agachó para estar a su altura.

El perro le puso la pata en el hombro y le dio un lengüetazo en la cara. Lo examinó con la mirada y vio una tremenda lesión agusanada en la cola. Llamó a su mascota, se olfatearon como si se conocieran, sin la mínima reacción adversa, y regresó con los dos. No podía mirar para otro lado. No lo haría.

Magui terminaba de servir la cena para los cuatro. Sus hijos aún no habían bajado a la mesa cuando vio a Mariano y a sus acompañantes en la cocina.

–¿En serio? ¿Quién es él? ¡Hola, precioso! ¿Qué te pasa? –manifestó acercándose al animal herido. Se esforzaba por apartar de su mente las palabras que el médico de su esposo había pronunciado esa tarde.

–No voy a cenar, Magui. Me voy a la veterinaria a curarlo –dijo él.

–No, primero le damos agua y algo de comer. Cenamos todos y voy a ayudarte.

Magui también era veterinaria y trabajaba con su marido en el local que funcionaba junto a su casa.

–Perfecto –Mariano hizo una pausa–. Te amo. Lo sabés, ¿no?

–También te amo –respondió conteniendo las lágrimas. Sería muy difícil vivir sin él y por muy fuerte que se mostrase, por dentro estaba rota y con miedo.

Una hora después, todos habían cenado. Octavio, el hijo mayor de 17 años, jugaba a la play en línea con amigos y el menor; Thiago de 14, los ayudaba a curar al recién llegado. Los chicos no sabían nada todavía.

–Es divino, papá. Está hecho mierda, pobrecito. ¿Se le podrá salvar la cola? –preguntó sin dejar de abrazar al perro que yacía, entredormido por la anestesia, en la camilla metálica sin perder de vista al joven.

–No lo sé. Lo vamos a intentar. Tiene comida gran parte. Si no lo hubiese encontrado hoy, quizá se le hubiese caído mañana. Los gusanos son imparables.

–Lo importante, hijo, es que podemos salvar su vida –agregó Magui. Hablaba su inconsciente que no podía separarse de la noticia que la desesperaba. ¿Enfermedad grave? A veces. ¿Irreversible? No. No era posible. Algo siempre se puede hacer.

–¿Vos lo encontraste o él a vos? –preguntó Thiago sonriendo.

–No puedo responderte eso, pero sí que salvarlo me hace feliz. –Magui sacaba gusanos con una pinza mientras Mariano le colocaba un suero para hidratarlo. Ya le había suministrado también un calmante para el dolor.

Cuatro horas después, habían terminado. También lo habían castrado.

–Papá, ¿puede quedarse?

Mariano miró a su esposa; en verdad su tiempo, que suponía de descuento, no le permitía responder. Él no podría ocuparse, eso intuía su miedo basado en las estadísticas.

—¿Magui? —preguntó esperando su respuesta.

14 Ella, completamente conmovida, pensó rápido. Los tres habían salvado a ese ser, dándole cuidados y amor. Lo habían rescatado del agrio destino de una calle cruda que le había literalmente gastado los codos de tanto dormir sobre superficies duras. Habían construido un recuerdo. ¿Y si era ese perro una señal? ¿Si en realidad venía a demostrarles que siempre se puede salvar al otro del dolor? ¿Si era el testimonio de que se pueden cambiar finales anunciados? Magui no tenía dudas de que dar era la clave. Nada sucedía porque sí. La posibilidad de que ese perro llegara a su hogar esa noche era una en miles. No era una noche cualquiera, era, quizá, la peor que recordaba. Los miró con amor.

—Se queda, claro que sí. Por alguna razón llegó a nosotros. Debe tener unos ocho años tal vez, más —agregó. Le había examinado la dentadura—. Ya es tiempo de que tenga una familia. Recuerden lo que digo siempre, lo que damos vuelve. —Había esperanza en sus palabras. Más allá de la adopción del perro, ellos eran buena gente no podía pasarles lo que pasaba—. Hay que ponerle un nombre —agregó.

—Tom —dijo Mariano—, por nuestras iniciales: Thiago, Octavio, Margarita y Mariano. Tom —repitió en tono más alto y el perro giró lentamente la cabeza para observarlo.

Esa madrugada Tom durmió sobre una manta improvisada junto a Apolo en la habitación del matrimonio. Parecía que siempre habían estado juntos.

•• •• ••

Mariano abrazó a Magui en la cama.

—Gracias por permitir que se quede.

—Sabés bien que jamás hubiese dicho que no. Fue muy especial todo

lo que pasó esta noche. Siento que algo más grande que nosotros diseñó el encuentro. Tom me da esperanza en este escenario de mierda. Le dimos una oportunidad, solo deseo que a nosotros nos sea dado lo mismo –no quería llorar, pero no pudo evitarlo.

–Quizá sea demasiado místico, pero yo siento lo mismo. Tom vino a quedarse para sumar –dijo y se detuvo no fue capaz de agregar que pensaba que Tom sumaría a su partida.

–Tengo miedo –fue cuanto pudo decir entre lágrimas.

–No. Miedo no –la consoló. Ella era lo primero. Incluso antes que asumir su suerte, era prioridad darle fuerza y apoyo–. Magui, tuve una vida feliz. No cambiaría nada de lo que hice, no tengo pendientes. Disfruté siempre. Me casé con el amor de mi vida, tengo dos hijos divinos y dos amigos que son como hermanos. Me tocó, como a muchos, pero estoy acá abrazándote. Pensemos eso. –Omitió sus propios miedos, esos que no confesaría nunca. Le daba terror la muerte, ese monstruo tallado de incertidumbre y hielo que tenía el poder de destruirlo todo sin inmutarse.

–Basta, tenés también 48 años y mucho por vivir –dijo–, no me hables en tono de aceptación. No puedo soportarlo.

–Tenés que hacerlo. Tengo un cáncer muy raro que pocas veces remite. Mi tiempo es de descuento. Y no, no lo acepté, me da bronca, me enoja, pero la verdad es que lo único que me importa es que vos y los chicos puedan con esto. Lo demás, ya veré.

–¿Lo demás? Lo demás sos vos y esta enfermedad de mierda que no entiendo por qué te tocó. ¿Cómo hago para procesar eso?

–Podés empezar por escucharme. –Magui lloraba sobre su pecho–. Vas a tener que continuar con tu vida y ser feliz a pesar de todo. –No tuvo el valor de pedirle que se volviera a enamorarse–. Pero no ahora. Ahora dame un beso y no pienses en nada más que en este momento.

–Basta. No hagas esto –pidió y lo besó. Él respondió al beso con caricias. Latieron juntos las vísperas de un futuro que no deseaban, dejaron que sus cuerpos se dieran todo lo que tenían para dar, sin pronunciar palabras que los trajeran al presente. Fueron amantes por lo que habían sido y también por lo que alguna vez, quizá, ya no serían.

Cuando Magui despertó, lo primero que vio fue a Tom sentado al lado de la cama observando a Mariano con su cabeza apoyada sobre las sábanas. Sonrió.

–Hola, Tom –susurró antes de que la realidad la atropellara como una pesadilla que se vive despierta.

El perro fue directo hacia ella y le dio un lengüetazo en el rostro para luego sentarse a su lado sin dejar de mover la cola. Definitivamente, Tom era una señal y estaba allí para que todos aprendieran a quedarse con lo mejor de lo peor y a no dejar de creer en que los destinos cambian para bien, aunque la vida indique a gritos que no hay nada que hacer.



La esperanza es un proceso, no un destino. No es algo que se logra de la noche a la mañana, sino que se nutre con el tiempo. Es un sentimiento que permite suponer que estaremos bien a pesar de las dificultades y desafíos que enfrentamos en el presente.

Podemos sentir que no hay salida y que no podremos enfrentar la realidad. Sin embargo, la fe nos permite ver más allá de nuestras circunstancias y creer en la posibilidad de revertir algo complicado por adverso que parezca. Hay que enfocarse en lo que es posible controlar para darle propósito y dirección, y fortalecer la fe para lo que nos excede más allá de ocuparnos.